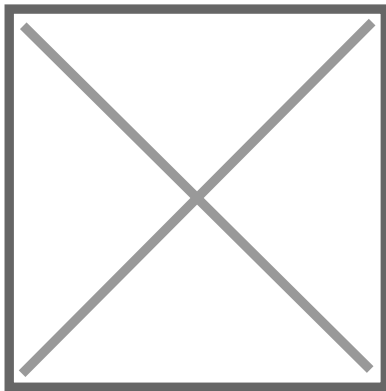




El mundo 3.2.74 p. E12

Ironía y Espejismos

Con el Perdón de la Palabra Por Germán Marín

CUANTO daría por responder por qué he escrito la novela "Círculo vicioso", dentro de la trilogía que una tarde, hace años, comencé a preparar en Barcelona a fin de matar el tiempo. El exilio, al igual que a un judío, me había hecho un transeúnte y, a la vez, un prisionero de los recuerdos. No tengo, como se advierte, ninguna conjetura válida ni propia. Qui-

era sólo podría intentar el ejercicio de alguna hipótesis, de alguna conjetura, pero que, seguramente, sería baladí o pastelero o equívoco de cara al propio. Siempre he tenido peccata de literatura literaria, pero sobre todo de salvador de almas, otra de las formas de la soberbia, porque también existe aquella lúbrica con el amor a la patria y los símbolos. Tal es la incerti-

umbre, aumentada por los libros redactados por Corral, Letama, Paulaner, que si fuera exigido terminaría por fustigar que escribo para saber por qué escribo, una fisiología que, como se advierte, no merecería felicitaciones. Pero con más calma, si estuviera, por ejemplo, prolijo a un mesón de bar, podría llegar a explicar que no lo soy un lector que escribe, una frase

que acaso resultaría simpática por inofensiva. Quedaría así, aunque sólo fuera una impostura, menos separado del mundo que me rodea, lo cual se supone es una condición, en nombre del Realismo y la Moral, para quien trabaja en literatura. En fin. Entre uno u otro camino, es posible que algún día encuentre una respuesta adecuada, aunque, llegado el instante, expresara, como el personaje de Melville, preferi-

ría no hacerlo. Entre tanto, mientras dejen pasar los días a la espera de la revelación del Verbo Divino, es mejor me digo volver sin moverme a las cosas que no engañan, a la objetividad del azar por ejemplo, o como sentenciaba Malraux, al alcohol puro y al amor físico sin palabras, pues hay sueños que, si se contemplan demasiado, como dice el proverbio asiático, se vuelven semejantes a sombras.

● Su escritura, su presente y el lugar desde el cual escriben son abordados hoy por Germán Marín y Jorge Guzmán, en tanto que Adriana Valdés y Jorge Rodríguez asumen la lectura crítica de la obra de estos dos creadores.

Del Temblor entre Dos Memorias

GERMÁN Marín (1934) irrumpe desde la retaguardia. Es un novata de tanta apatía, tanto que sea un escritor de toda la vida. "Círculo vicioso" es la primera de sus obras que, obviando amplio reconocimiento público (por ejemplo, el Premio del Consejo Nacional del Libro, 1960). Y es como si fuera una primera novela. Viene tras décadas de silencio y olvido, de trayectoria borrada. A los sesenta años, los escritores de lengua castellana coetáneos suyos tienen recorridos literarios descriptibles, obras juveniles, desarrolladas. Me divierte pensar en la novela de Germán Marín como una especie de fenómeno, tan raro como un adulto recién nacido. Una primera novela, pero con las marcas de una densidad de lecturas que muestra el largo trabajo de una vida. Una primera novela, pero saturada de la experiencia retrospectiva de una generación ya crepuscular, la de los "buenos tiempos", dura pensar al vuelo un verso de Bécquer. Un grupo de edad cuyo mundo y cuyo lenguaje volaron en pedruzcos en 1973, y que a esta experiencia suya, nacional, debieron sumar el lugar común, globalizado del agotamiento de los "grandes relatos", los de la ilustración, del marxismo y del psicoanálisis, según dicen los postmodernos.

En palabras del crítico Mariano Aguirre, esta novela presenta "un fresco de la historia de Chile", y es cierto, a su peculiar manera. En la tarea difícil de imaginar desde lejos un pasado... ¿siquiera imperfecto que hablé de mis recuerdos?, este primer tomo de una trilogía, de una "Historia de una abolición familiar", sigue las trayectorias de las familias potestas y materas del narrador, hasta su confluencia en su propio nacimiento. Lo hace "sin respeto por nadie, ni menos por mí", y declara haber "imaginado los hechos según el recuerdo de mis sentimientos". Narra la inmigración hacia Argentina y luego hacia Chile de su familia materna italiana, narra también la progresiva ruina económica de la familia paterna, de terratenientes de suyo al sur (Carahuen), y su traslado hacia Santiago. La trayectoria ascendente de

la primera familia, y descendente de la segunda, se entrecruzan entre los polos de la pobreza y la prosperidad. Son estas las figuras del fresco de la historia de Chile. Si viéramos los recientes apuntes para una historia de mi tribu, de Dostoievski, también como un fresco de la historia de Chile, nos pareceríamos que ambos casi no se cruzarían. La novela de Germán Marín da visibilidad a sectores distintos de la sociedad chilena, en gran medida ausentes hasta ahora de nuestra narrativa.

La pregunta es cómo, qué lo distingue entre las novelas recientemente publicadas en Chile. Hay que volver atrás, en la novela latinoamericana, para encontrar descripciones aplicables al tono de esta obra: como las de "Tristes", "Misterios", "Extraños", en que la práctica narrativa se tiene especulaciones ni emocionales ni intelectuales para con sus lectores. Eso en cuanto al tono, al temple. Obras que recuperan cosas difíciles de la memoria colectiva, son apaciguadas en el imperio épico o en los nuevos mitos de la narrativa de los años sesenta, esas narraciones hechas, entoces y más tarde, para producir una creencia latinoamericanista. Hay los grandes éxitos latinoamericanos no producen creencia, más bien una euforia de exotismo bien asimilada por el mercado mundial. Narra "el único maestro que tuvo mi generación", se lo llama en esta novela— ha muerto, se dice, "terribilmente solo en sus ideas". Sus ensayos se llamaban qué es la literatura, para qué sirve la literatura, y se leían con avidez en la América de entonces, jeremías de utopías.

Ese horizonte de ideas es, en la situación narrativa de "Círculo vicioso", un "horizonte de eclipses", frase que rubo a Diego Maquieira. El fresco de la historia de Chile tiene que reducir, por lo tanto, su alcance, irse de la macrohistoria a la microhistoria, a los recuerdos de familia intrápidos, inasimilables por los esquemas de interpretación, fundados en la violencia, la necesidad, la desesperación. El ímpetu narrativo, de recuperación persiste: el



Germán Marín

La escritura
—siempre ficción,
aunque se disfraza de
titubeante memoria—
es el único tiempo, el
único espacio posible
para quien ha perdido
todos sus lugares.

padre cuenta la historia a su hijo, pero está puesto entre corchetes. No bien el lector se entusiasma con una narración espesa y terrenal, cargada de fuerza y contradicciones, repulsa de personajes y personajes, el libro lo devuelve a la desolación escéptica de unas "notas personales", una especie de diario del escritor, que sitúa su propio trabajo narrativo y lo relativiza, va dando rechazos de su carácter ilusorio y precario. Dos son las memorias que se recuperan a la vez: la memoria de la pertenencia y la memoria de la extranjería. Del temblor entre ambas memorias nace. De ahí su doble valor testimonial, por una parte, y su carácter contestatario capcioso, por otra.

Pues de qué memoria estamos hablando, de qué testimonio, si no es el del eclipse de la propia memoria. Un

Adriana Valdés

DE 0375

distancia es la actitud del narrador barcelonés ante su lengua, sus hechos, oídos y vacíos, y las cicatrices que los dejan en el propio texto. Junto al eclipse de las ideas y de los mitos, está el eclipse de la propia lengua, cuando se está en el extranjero. Frente al habla de los chilenos —en ocasiones peculiar, en algunas expresiones— el narrador se vuelve una especie de irritado investigador, un aferrado que oscila entre la actitud de superintendencia y la del despojo. Y las narraciones chilenas de los años veinte incorporan al azar, como signo de su propia cercanía como memoria, algún "cutillo" u otra expresión notadamente española y contemporánea, no se sabe si a modo de guiso o a modo de falla, en todo caso algún tipo de tinte capcioso que se ubica la ficción, disfrazada de memoria. Por ventura, ¿le podéis que dijeras la verdad? es la pregunta del epígrafe, que como toda pregunta retórica se contesta a sí misma. Entonces, entonces, ante una escritura "titubeante", según la denominación de Enrique Lihn, situada en un horizonte de eclipses. No sólo es el entrecruzamiento de dos catástrofes, el de la pérdida de dos lugares una. Chile no escribe desde el exilio, en Barcelona y el otro, el de las propias certidumbres. ¿Qué queda, entonces, para este narrador desolado, el "tártaro más antiguo" en una ciudad donde no vive, y que, como esa curia apostólica de Urbino, Greco, se siente "moralmente fuera de lugar"? La única casa del exilio es la mente, dice. En otras palabras, así de su amigo Enrique Lihn, cuya figura pasa por la novela en calidad de personaje. Germán Marín podría hablar de "días de su escritura, solar del extranjero". La escritura —siempre ficción, aunque se disfraza de titubeante memoria— es el único tiempo, el único espacio posible para quien ha perdido todos sus lugares. El gozo de hacerse en ella y sólo en ella es hiperliterario, por una parte. Por otra, en cambio, es el testimonio narrativo hasta ahora más fino y más fuerte de la experiencia del exilio entre los chilenos.

Adriana Valdés, licenciada en Literatura, especialista en artes visuales.

Ironía y espejismos [artículo] Germán Marín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marín, Germán, 1934-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ironía y espejismos [artículo] Germán Marín.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile